

Evangelio según San Mateo:

Vende todo lo que tiene y compra el campo

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente:

- El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo. El reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas que, al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra.



— El Rebuzno —

“Soy lo que compro”

(Cartel en un aeropuerto norteamericano)

— Con Cabeza —



“Cuando no se quiere compartir la suerte de Cristo Esposo Crucificado, nacen en el corazón ambiciones camufladas que impiden comprender el misterio pascual de Cristo y que intentan transformar a la Iglesia en un trampolín para escalar”

J. Esquerda Bifet

AVISOS DE LA PARROQUIA

¡No tengáis miedo!

Alfa y Omega

¡Vente conmigo una temporada, y tendrás una experiencia interesante!: así respondía, al joven que quería seguirle, el Jesús de ficción de El quinto evangelio, que, en los años del postconcilio, escribiera con su bien acreditada fina ironía el hoy arzobispo emérito de Bolonia, cardenal Biffi. Mostraba en este libro, magistralmente, la radical contradicción del sacerdocio temporal, la defensa del divorcio y tantas otras pretensiones del *progresismo* de los años 70, no ya con los datos de los evangelios auténticos, sino con las más elementales exigencias de felicidad de todo ser humano. Rebajar las exigencias de Cristo, a quienes llama a seguirle en el sacerdocio como en cualquier otra forma de seguimiento, lejos de facilitar la vida, la hace en realidad insoportable. No es una metáfora vacía, desde luego, que quien lo deja todo por Cristo tiene, ya en esta vida, *el ciento por uno*. *La cultura*, ciertamente *de muerte*, que hoy trata de invadirlo todo es, en certera expresión de Benedicto XVI, la de *la dictadura del relativismo*, la del culto a lo efímero, que no sólo deja vacío y tristeza, sino que constituye la peor opresión, dejando al hombre a merced del poder que termina destruyéndolo.

Frente a esta inconsistencia de lo pasajero, está la Palabra eterna. Por eso sus ministros, los sacerdotes de Jesucristo, no pueden serlo *para una temporada*, lo son para *siempre*, y en ello, precisamente, encuentran la alegría de la máxima libertad. Así pueden darla a manos llenas. ¿Cabe tarea más hermosa? Nada tiene de extraño que, allí donde se vive de veras el cristianismo, se multiplican las vocaciones al sacerdocio, sin necesidad de hablar específicamente de ellas.

Lo expresó con toda claridad Benedicto XVI al comienzo de su encíclica *Dios es amor*: ser cristiano no es tomar *una decisión ética*, o tener una gran idea, sino que uno comienza a ser cristiano por el *encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*. Hace unos días, en su visita al Seminario Romano Mayor, el Papa daba su propio testimonio a los seminaristas: *El Señor me ayudó a llegar hasta el Sí del sacerdocio, un Sí que me ha acompañado todos los días de mi vida*. Y en su encuentro, unos días después, con los sacerdotes de Roma, subrayaba esa Presencia -no meros principios morales o grandes ideas- que acompaña la vida y la hace florecer en esa plenitud infinita, que parece imposible para el hombre y, sin embargo, del todo correspondiente con su corazón. Recordaba cómo san Cipriano, viendo a los cristianos, se decía: *Es una vida imposible, ¡esto no se puede realizar en nuestro mundo! Pero después, estando en su compañía, poco a poco, comprendió: ¡Es posible! Y ahora soy feliz por haber encontrado la vida*.

Las vocaciones al sacerdocio, sin duda, no se pueden aislar de la vida entera de la Iglesia, ni ésta de la Presencia viva de Cristo. Cuando se dice creer en Cristo, pero no en la Iglesia ni en los curas, es que ha faltado en los de fuera, o ha dejado de permanecer vivo en los de dentro, ese encuentro, que lo es para acompañar todos los días de mi vida, en que consiste el cristianismo. La falta de sacerdotes, de sacerdotes santos, no es más que falta de cristianismo, y si no hay cristianismo, ¡única esperanza de vida humana verdadera!, *es que no hay sacerdotes*. Por eso, en su Exhortación apostólica sobre los sacerdotes, *Pastores dabo vobis*, Juan Pablo II no dudó en urgir a todos con fuerza: *Es muy urgente, sobre todo hoy, que se difunda y arraigue la convicción de que todos los miembros de la Iglesia, sin excluir ninguno, tienen la responsabilidad de cuidar las vocaciones*. No es asunto menor. En los sacerdotes, *testigos del amor de Dios*, se nos está dando, a la Humanidad entera, el secreto de la vida: ¿de qué sirve tenerlo todo si la perdemos? *La vocación al sacerdocio* -dice también el Papa- *es un testimonio específico de la primacía del ser sobre el tener; es un reconocimiento del significado de la vida como don libre y responsable de sí mismo a los demás, como disponibilidad para ponerse enteramente al servicio del Evangelio y del reino de Dios bajo la particular forma del sacerdocio*. En consecuencia, Juan Pablo II no dudó, una y otra vez, en decirles a los jóvenes: *¡No tengáis miedo de ser sacerdotes! Y es que en ello está su felicidad, y la de todos*. ❖